Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Sobre la buena salud de la literatura leonesa en los tiempos que corren, escribe Santos Alonso en la revista León, y uno no sabe si empezar por el venturoso diagnóstico del facultativo, o por la creciente personalidad del propio profesor Alonso, o aludiendo a la nueva etapa que inicia la revista, cocinada en la madrileña calle del Pez, probablemente entre botillos y pizpiernos y demás afrodisiacos de la inspiración. La publicación tiene un defecto. El León de la cabecera, aun reconociéndole voluntad de estilo, se lee mal, y esos trazos huidizos deberían ser sustituidos por letras firmes y contundentes como corresponde al nombre de nuestro viejo reino, «duro como una espada / que parte en dos el corazón del aire». Anticipada esta personal salvedad, todo lo demás serán plácemes, incluso para los restantes aspectos de la orientación gráfica. Luego, en el sumario, una nómina de colaboradores de postín, de la que si entresaco el nombre de Ramón Carnicer, es mayormente porque somos del mismo pueblo.

Yo creo que hay que citar a los paisanos y amigos siempre que viene a cuento -a veces aunque no venga- y que la fraternidad es una de las pocas satisfacciones que nos procura este oficio, sobre todo a quienes por pura casualidad biográfica nos hemos visto privados del calor de una familia literaria bien definida.

Por cierto que, en el panorama de los grupos reconocidos, de las escuelas, de las generaciones, será difícil encontrar un talante tan solidario como el de esa piña que nació bajo el nombre de Claraboya. Con la perspectiva que presta el tiempo, puesto que aquellos muchachos se han hecho unos hombretones, en la literatura y en la vida, apenas cabe imaginarlos bajo una bandera -ideológica, ética, estética- pero sí bajo la sombra de la amistad. En las vacaciones de este agosto leonés, alguien me trajo hasta casa los recuerdos de Agustín Delgado, que por nuestras tierras veraneaba en compañía de Ángel Fierro, de José Antonio Llamas. Y lo que digo de estos tres, que son los perseverantes en el terreno de la poesía, vale para los Aparicios, los Merinos y los Mateo Diez. Estos cuentistas y novelistas avecindados en Madrid, forman la dirección colegiada de la revista de «la Casa». Supongo que con pocos problemas de cohesión, puesto que la han ejercitado hasta el punto de firmar conjuntamente libros considerables. Y aún más heroicamente: renunciando a firmar y desdibujándose con una modestia poco frecuente en el oficio; por ejemplo, en beneficio de su ya legendario «Sabino Ordás»...

Huelga decir que esta brava gente de la literatura leonesa en el dictamen de Santos Alonso con el derecho que le otorgan sus obras. Como están allí los antecesores, y quienes ya están viniendo a renglón seguido, empujados por la aceleración que dicen propia de nuestros tiempos. De días más lentos, pero yo no diría que menos vivos, recordemos el torneo mantenido por los innovadores de entonces -Crémer en cabeza- «contra» los clásicos que escoltaban don Francisco Roa de la Vega. Y es impensable que aún con la radicalidad de una revolución como la espadañista, los nuevos poetas no debieran absolutamente nada a sus predecesores. De la misma manera que luego colearía la furia y paloma de lo cremeriano en tantas voces como lo quisieron por modelo. Y lo que te rondaré, morena.

En todo caso, reconforta saber que ni siquiera los francotiradores estamos solos. Es la sensación de una continuidad que a la larga borra las agrupaciones cronológicas para establecer un único linaje, la confirmación en la idea de que la creación artística, tanto si es agonía solitaria como guerra de mesnadas, consiste en una torre que vamos levantando entre todos.